

Nuestras interviús

Juan de Orduña

—¿El señor Orduña...?

—Sí, le espera.

Recoje la doncellita nuestro gabán y nuestro sombrero y cuando inclinada graciosa y respetuosamente nos invita a franquear la puerta del despacho, en su umbral aparece el protagonista de «Boy».

Afable, cordial, nos saluda, haciéndonos luego tomar asiento frente a él.

Habla mucho. Muy vehemente, atropella un poco las palabras en su hablar nervioso.

—¡No me hable usted de eso! exclama—No se puede dar una idea de mi asombro, de mi tristeza... ¡Con la ilusión que puse en «Vencedores de la muerte»... ¡Emocionado como nunca, esperé su estreno que prometía ser un acontecimiento. Antonio Calvache y yo, habíamos puesto todo nuestro afán, todo nuestro entusiasmo en esa película. Y no puede usted imaginarse nuestra angustia al ver que en el *cine*, antes de comenzar la representación, se iba extendiendo una hostilidad contra nosotros realmente alarmante. En efecto, el éxito de «Vencedores» —que sin los *morenos* habría sido completo—no correspondió, ni con mucho, a lo entusiasta, a lo noble de nuestra labor... ¡No hablo por mí! Dejemos aparte mi trabajo bueno o malo. ¡Pero, Calvache! ¡Ese hombre que ha hecho verdaderas filigranas en su arte, que puso todo su saber, su ilusión toda en esta obra...! En esta obra *española*. Es —pa —ño —la —, recalca— Porque todo, absolutamente todo en ella es nuestro: artistas, operador, revelado, *interiores*... Se ha hecho con todos los adelantos en cinematografía. Tiene escenas filmadas en plena noche... ¡Una lástima, creame...!

—¿Y esa hostilidad del público...?

—¡Bah! El público de Madrid es como el de un pueblo. Una tertulia de casino se empeña en echar abajo cualquier proyecto y lo tira. Empezan las habillitas, las murmuraciones y se hace ambiente. Eso es lo que ha pasado aquí. El público iba predispuesto contra Calveche y contra Orduña. Nada más. Y acogió con risas un truco que ocho días antes encontró admirable en una película extranjera. ¡Lo de siempre, señor! En España, a juicio de los españoles, nada hay bueno. Una industria cualquiera, para prosperar necesita tener un título nada español. Un artista para consagrarse tiene que salir de aquí. No le quepa duda. Por eso acabaremos por aburrirnos y alargarnos al extranjero. ¡Verá usted entonces qué bien! Claro. Sí a uno de nosotros nos contratan en Francia, por ejemplo, seremos